

la orilla, una orilla de montañas rojas y de rocas del mismo color. La vía se inclina después hacia el interior, y se baja uno en la estación de Alcamo —Calatafimi.

En seguida se camina al través de un país desigual como un mar de monstruosas é inmóviles olas. Ni un bosque, pocos árboles, pero sí viñas y cosechas; y el camino asciende entre dos líneas interrumpidas de floridos aloes. Dijérase que una consigna ha corrido entre ellos para hacerles brotar hacia el cielo en el mismo año, tal vez en el mismo día, formando enorme y extraña columna que los poetas han cantado tanto. Sígnese en lontananza la multitud infinita de esas plantas guerreras, espesas, agudas, armadas y acorazadas, que parecen llevar su bandera de combate.

Después de unas dos horas de camino, se descubren repentinamente dos altas montañas, unidas por dulce pendiente que cruza desde una cumbre á otra, y en medio de este cruce, el perfil de un templo griego, de uno de esos potentes y hermosos monumentos que el pueblo divino levantaba á sus dioses humanos.

Para dar la vuelta á uno de estos montes, hay que ir por un largo sendero apartado, y se descubre de nuevo el templo, que se presenta entonces de frente. Ahora semeja que está apoyado en la montaña, aunque una profunda zanja le separa de ella; pero aquélla se extiende detrás de él, y por encima le estrecha le rodea, le alberga, y parece que le acaricia. El templo se destaca admirablemente, con sus treinta y seis columnas dóricas, sobre la inmensa alfombra verde que sirve de fondo al enorme

monumento en pie, solitario en esta campiña ilimitada.

Quando se ve este grandioso y sencillo paisaje, parece que no se podía colocar allí más que un templo griego, que sólo allí podía ser construido.

Los maestros decoradores que han enseñado el arte á la humanidad, muestran, sobre todo en Sicilia, cuán profunda y refinada ciencia tenían del efecto escénico. Pronto hablaré de los templos de Girgenti. El de Ségeste parece haber sido colocado al pie de esta montaña por un hombre de genio que hubiese tenido la revelación del punto único donde debía ser levantado. El anima por sí solo la inmensidad del paisaje, prestándole vida y hermosura.

En la cumbre del monte, cuyo pie se ha seguido para llegar al templo, hállanse las ruinas del teatro.

Quando se visita un país que los griegos han habitado ó colonizado, basta buscar sus teatros, para encontrar los más hermosos puntos de vista.

Si colocaban sus templos, precisamente en el lugar donde podían producir mejor efecto, donde debían adornar mejor el horizonte; situaban, por el contrario, sus teatros, justamente en el sitio desde donde podía la mirada sentirse más impresionada por las perspectivas.

El de Ségeste, en la cumbre de una montaña, forma el centro de un anfiteatro de montes, cuya circunferencia alcanza al menos ciento cincuenta ó doscientos kilómetros. Descúbrense aún otras cimas á lo lejos, detrás de las primeras; y en una ancha bahía, frontera al espectador, aparece la mar, azul, entre las verdes cimas.

Al día siguiente del en que se ha visto á Ségeste puede visitarse á Selinonte, inmenso montón de columnas derribadas, caídas unas en línea, y por parejas, cual soldados muertos, desmoronadas en caos otras.

Estas ruinas de gigantes templos, los más vastos que hay en Europa, ocupan una llanura entera, y cubren además una cuesta al fin de la llanura. Siguen la ribera, larga, de arena pálida, donde están amontonadas algunas barcas pescadoras, sin que sea fácil descubrir dónde moran sus dueños. Este informe montón de piedras no puede interesar, por lo demás, sino á los arqueólogos ó á las almas poéticas, á quienes conmueven todas las huellas de lo pasado.

Pero Girgenti, la antigua Agrigente, colocada como Selinonte, en la costa sud de Sicilia, ofrece el más asombroso conjunto de templos que es dado contemplar.

Sobre la cresta de una costa larga, pedregosa, desnuda y roja, con un rojo ardiente, sin una hierba, sin un arbusto, y que domina el mar, la playa y el puerto, tres soberbios templos dibujan, vistos desde abajo, sus grandes siluetas de piedra en el cielo azul de los países cálidos.

Parece que están de pie en el aire, en medio de un paisaje magnífico y desierto. Todo está muerto, árido y amarillo, alrededor, delante, y detrás de ellos. El sol ha quemado y roído la tierra. ¿Es el sol lo que ha roído al suelo, ó el fuego profundo que arde siempre en las venas de aquella isla de volcanes? Porque, por todas partes, en torno de Girgenti, se extiende la singular comarca de las mi-

nas de azufre. Aquí es de azufre la tierra, las piedras, la arena; todo, en una palabra.

Los templos, eternas viviendas de los dioses, muertos como sus hermanos los hombres, permanecen sobre su salvaje colina, apartados unos de otros por la distancia de medio kilómetro poco más ó menos.

He aquí, en primer lugar, el de Juno Lacinia, que encerró, según dicen, el famoso cuadro de Juno, por Zeuxis, el cual había tomado como modelos á las cinco muchachas más hermosas de Agragas.

Después el templo de la Concordia, uno de los mejor conservados de la antigüedad, porque sirvió de iglesia en la Edad Media.

Más lejos, los restos del templo de Hércules.

Y por último, el templo gigantesco de Júpiter, alabado por Polybio y descrito por Diodoro, construído en el siglo V, y el cual contiene treinta y ocho medias columnas de seis metros cincuenta centímetros de circunferencia. Un hombre puede estar de pie en cada canal.

Sentado al borde del camino que corre al pie de esta sorprendente costa, quédase uno á fantasear ante esos admirables recuerdos del más grande de los pueblos artistas. Dijérase que tiene uno delante al Olimpo entero, al Olimpo de Homero, de Ovidio, de Virgilio, al Olimpo de los dioses seductores, carnales, apasionados como nosotros, hechos como nosotros, que personificaban poéticamente todas las ternuras de nuestro corazón, todos los ensueños de nuestra alma, todos los instintos de nuestros sentidos.

La antigüedad entera se yergue bajo aquel antiguo cielo. Una emoción poderosa y singular se apodera del ánimo, algo así como deseo de arrodillarse ante aquellos angustos restos, ante aquellos restos dejados por los maestros de nuestros maestros.

No hay duda, Sicilia es ante todo una tierra divina, pues si en ella se encuentran esas últimas viviendas de Juno, de Júpiter, de Mercurio ó de Hércules, encuéntranse también las más notables iglesias cristianas del orbe. Y el recuerdo que os queda de las catedrales de Cefalu, ó de Monreale, ó de la capilla Palatina, esa excepcional maravilla, es más potente y vivo aún que el recuerdo de los monumentos griegos.

Al extremo de la colina de los Templos de Girgenti, comienza una sorprendente comarca que parece el propio reino de Satán, pues si, como se creía en otro tiempo, habita el diablo en un vasto país subterráneo, lleno de azufre fundido, donde hace hervir á los condenados, no hay duda de que es en Sicilia donde ha establecido su misterioso domicilio.

Sicilia suministra casi todo el azufre del mundo. A millares se encuentran las minas de azufre en esta isla de fuego.

Inmediatamente, á pocos kilómetros de la ciudad, encuéntrase una extraña colina llamada Maccaluba, compuesta de arcilla y caliza, y cubierta de pequeños conos de dos ó tres pies de altura. Díjese que son pústulas, una monstruosa enfermedad de la naturaleza; pues todos los conos dejan correr hirviente lodo, semejante á una espantosa supuración del suelo; y lanzan á veces piedras á gran

altura, y roncan de modo extraño, soplando gas. Parece que gruñen, sucios, avergonzados, pequeños volcanes bastardos y leprosos, aviesos reventados.

Luego vamos á visitar las minas de azufre. Entramos en las montañas. Se ofrece á nuestra vista un país de verdadera desolación, una miserable tierra que parece maldita, condenada por la naturaleza. Los valles se abren grises, amarillos, pedregosos, siniestros, llevando el sello de la reprobación divina, con un soberbio carácter de soledad y de pobreza.

Distínguense al cabo, de sitio en sitio, algunas construcciones feas y muy bajas. Son las minas. Se cuentan, según parece, más de mil en este rincón del país.

Al penetrar en el recinto de una de ellas, lo primero que se ve es un singular montecillo, grisáceo y humeante. Es un verdadero manantial de azufre, debido al trabajo humano.

He aquí cómo lo obtienen. El azufre, al salir de las minas, es negruzco y está mezclado con tierra, con caliza, etc., y forma una especie de piedra dura. En cuanto lo traen de las galerías, construyen una elevada pira, á la cual prenden fuego. Entonces un incendio lento, continuo, profundo, roe, durante semanas enteras, el centro de la montaña artificial, y desprende el azufre puro, que entra en fusión y corre, como agua, por medio de un canalito.

Tratan de nuevo, el producto así obtenido, en cubas donde hierve y acaba de purificarse.

La mina donde se verifica la extracción, se parece á todas las minas. Bájase por una estrecha es-

calera, de peldaños desiguales y enormes, á pozos abiertos en pleno azufre. Los pisos superiores se comunican por anchos agujeros que transmiten aire á los más profundos. Ahógase uno, sin embargo, al verificar el descenso; ahógase y le sofoca la asfixia de las emanaciones sulfuradas y del horrible calor de estufa, que acelera los latidos del corazón y cubre de sudor la piel.

De cuando en tiempo, se encuentran varios muchachos que suben la penosa escalera cargados con cestos. Van jadeantes esos miserables muchachos, agobiados bajo el peso de la carga. Tienen diez, doce años, y repiten quince veces en un mismo día el abominable viaje, mediante una cantidad por cada descenso. Son pequeños, delgados, amarillos, con ojos enormes y relucientes, rostros finos, con ojos tan relucientes como sus miradas.

Esta irritante explotación de la infancia es una de las cosas más tristes que pueden verse.

Pero existe en otra costa de la isla, ó más bien dicho, á algunas horas de la costa, un fenómeno natural tan prodigioso, que hace olvidar aquellas minas envenenadas donde se asesinan niños. Me refiero al Volcano, fantástica flor de azufre, abierta en plena mar.

Sálese de Mesina á media noche en un sucio vaporcillo, donde los pasajeros de primera no encuentran siquiera bancos para sentarse en el puente.

Ni el menor soplo de brisa; sólo la marcha del barco turba la calma del aire dormido sobre el agua. Las costas de Sicilia y las de Calabria exhalan tan penetrante olor á naranjos floridos, que todo el es-

trecho está perfumado como la habitación de una mujer. Pronto se aleja la ciudad, pasamos entre Scilia y Caribdis, las montañas se abaten detrás de nosotros, y encima de ellas asoma la cima aplastada y cubierta de nieve del Etna, que parece estar enuelto en plata, bajo la claridad de la luna llena.

Luego se dormita un poco, mecido por el ruido monótono de la hélice, para abrir de nuevo los ojos á la luz del naciente día.

Ved allá abajo, fronteras á nosotros, las islas Lipari. La primera á la izquierda, y la última á la derecha, despiden hacia el cielo una espesa humareda blanca. Son el Volcano y el Stromboli. Entre estos dos volcanes se distingue á Lipari, Filicuri, Alicuri y algunos islotes muy bajos.

Y el barco se detiene pronto ante la isla y la ciudad de Lipari.

Algunas casas blancas al pie de una gran cuesta verde. Nada más. No hay posada alguna, porque ningún extranjero visita esta isla.

Es fértil, encantadora, está rodeada de admirables rocas de formas extrañas y de color rojo, potente y suave. Encuétranse allí aguas termales que fueron visitadas en otros tiempos, antes de que el obispo Todaso hiciera destruir los baños, á fin de sustraer á este país á la influencia y afluencias extranjeras.

Lipari está limitada al Norte por una singular montaña blanca, que se podría tomar de lejos por una montaña de nieve, bajo un cielo más frío. De allí sacan la piedra pómez para todo el mundo.

Yo alquilo una barca para ir á visitar el Volcano. Arrastrada por cuatro remeros, sigue la barca la

fértil costa, plantada de viñas. Los reflejos de las rocas encarnadas producen extraño efecto en el mar azul. Ved el pequeño estrecho que separa las dos islas. El cono del Volcano sale de las ondas, como un volcán sumergido hasta la cabeza.

Es un islote salvaje, cuya cima alcanza próximamente 400 metros, y cuya superficie es de unos 20 kilómetros cuadrados. Se da vuelta, antes de llegar á él, á otro islote, el Volcanello, que surgió bruscamente de la mar hacia el año 200 antes de Jesucristo, y al cual une con su hermano mayor una estrecha lengua de tierra, barrida por las olas en los días de tempestad.

Henos aquí en el fondo de una llanura, frente al cráter que humea. A sus pies, una casa habitada por un inglés, que duerme al parecer en este momento, sin lo cual no podría yo subir al volcán que este industrial explota; pero duerme, y atravieso un gran huerto, algunas viñas y un verdadero bosque de esparto en flor, propiedad del inglés. Parece una inmensa banda amarilla, arrollada al puntiagudo cráter, cuya cabeza es también amarilla, de un tono que deslumbra bajo el resplandeciente sol. Y comienzo a subir por estrecho sendero que serpentea entre la ceniza y la lava; va, viene y vuelve, escarpado, resbaladizo y duro. A veces, como se ve en Suiza brotar torrentes de las cimas, distínguese una inmóvil cascada de azufre, que ha brotado por una abertura.

Parecen arroyos de magia, luces cuajadas, torrentes de sol.

Al cabo llego á la cima, una ancha plataforma alrededor del gran cráter. El suelo tiembla, y an-

te mí, por una boca, grande como la cabeza de un hombre, se escapa con violencia un inmenso chorro de llama y de vapor, mientras que se ve salir de los labios de esta boca el azufre líquido, dorado por el fuego, que forma alrededor del fantástico manantial, un lago amarillo que no tarda en endurecerse.

Más léjos, otras bocas escupen también vapores blancos, que suben perezosamente por el aire azul.

Avanzo con temor sobre la cálida ceniza y la lava hasta el borde del enorme cráter. Nada más sorprendente puede ofrecerse á la vista humana.

En el fondo de aquel inmenso tonel llamado *La Fossa*, de quinientos metros de ancho y de doscientos cincuenta próximamente de profundo, una docena de aberturas y de anchos agujeros redondos vomitan fuego, humo y azufre, con un ruido formidable de calderas.

Desciéndese á lo largo de las paredes de este abismo y se pasea uno hasta el borde de las furiosas bocas del volcán. Todo es amarillo en torno de mí, bajo mis pies y sobre mi cabeza, amarillo que deslumbra y enloquece. Todo es amarillo: el sol, las elevadas murallas y el mismo cielo. El amarillo sol vierte su ardiente luz, que el calor de este tonel de azufre torna doloroso como una quemadura en el mugiente abismo. Y se ve hervir el líquido amarillo que corre, se ven formarse extraños cristales, hacer espuma brillantes y extraños ácidos al borde de los labios rojos de los hogares.

El inglés que duerme al pie del monte coga, explota y vende estos ácidos, estos líquidos, todo lo que vomita el cráter; porque todo ello, según parece, vale dinero, mucho dinero.

Vuélvome despacio, sin aliento, jadeante, sofocado por el ambiente irrespirable del volcán, y pronto, cuando llega á la cima del cráter, distingo todas las Lipari amontonadas sobre las olas.

Allá abajo, enfrente, se alza el Stromboli, mientras que detrás de mí el gigantesco Etna parece estar mirando á lo lejos á sus nietos y á sus hijos.

Desde la barca, al regresar, descubrí una isla oculta detrás de Lipari. El barquero la denominó Salina. Sobre ella se recoleta el vino de malvasía.

Quise beber en su mismo manantial una botella de ese famoso vino. Dijérase que es jarabe de azufre. Es el vino de los volcanes, espeso, azucarado, dorado y tan azufrado, que os queda el gusto en el paladar hasta la noche; el vino del diablo.

El sucio vapor que me ha traído me lleva. Primero miro al Stromboli, montaña redonda y elevada, cuya cabeza humea y cuyo pie se hunde en el mar. No es más que un enorme cono que sale del agua. En sus costados se distinguen algunas casas pegadas como conchas marinas en la superficie de una roca. Luego vuelvo los ojos hacia Sicilia, adonde voy, y no pueden apartarse ya del Etna, agazapado sobre ella, abrumándola con su formidable peso monstruoso y dominando con su cabeza cubierta de nieve las demás montañas de la isla.

Parecen enanas aquellas grandes montañas al lado de él; y él mismo me parece bajo en fuerza de ser tan ancho y pesado. Para comprender las dimensiones de tan enorme gigante preciso es verlo desde la mar.

A la izquierda se ofrecen las montuosas costas

de la Calabria, y el estrecho de Mesina se abre como la embocadura de un río. Penétrase en él para entrar en seguida en el puerto.

La ciudad no tiene nada de interesante. En el mismo día se toma el camino de hierro para Catania. Este camino sigue una costa admirable rodeada de extraños golfos poblados en el fondo de las bahías, junto á la arena, llena de pueblecitos blancos. Aquí está Taormina.

Si un hombre tuviera que pasar un sólo día en Sicilia y preguntase qué hay que ver, le respondería yo sin vacilar que Taormina.

No es más que un paisaje, pero un paisaje donde se halla todo lo que parece creado en la tierra para seducir á los ojos, al espíritu y á la fantasía.

La ciudad está enclavada sobre una gran montaña, como si hubiera rodado de la cumbre, pero no se hace más que átravesarla, aunque contiene algunos lindos restos de lo pasado, y se va uno al teatro griego para ver allí la puesta del sol.

Ya he dicho al hablar del teatro de Ségeste, que los griegos sabían elegir, como decoradores incomparables que eran, el único lugar donde debía ser construído el teatro, el lugar hecho para la felicidad de los sentidos artistas.

El de Taormina está colocado tan maravillosamente que no debe existir en el mundo entero otro punto comparable. Cuando se ha penetrado en su recinto, visitado la escena, la única que ha llegado hasta nosotros en buen estado, se suben las gradas caídas y cubiertas de hierba, destinadas en otro tiempo al público, las cuales podían contener treinta y cinco mil espectadores, y se mira entonces.

Vése en primer término la ruina, triste, soberbia, desmoronada, donde permanecen en pie, blancas todavía, preciosas columnas de mármol terminadas por sus capiteles; luego, por encima de las paredes, se distingue la mar en lontananza, la costa que llega hasta el horizonte sembrada de gigantes rocas, bordada de arenas doradas y cuajada de blancos pueblos; después, á la derecha, por cima de todo, dominándolo todo, llenando con su masa la mitad del cielo, el humeante Etna cubierto de nieve allá abajo.

¿Dónde están los pueblos que sabrían hacer hoy cosas semejantes? ¿Dónde están los hombres que sabrían construir para recreo de los pueblos edificios como éste?

Aquellos hombres, los antiguos, tenían un alma y unos ojos que no se parecían á los nuestros, y en sus venas, con su sangre, corría algo que ha desaparecido: el amor y la admiración de lo bello.

Pero salimos para Catana, donde quiero subir al volcán.

De vez en cuando, entre dos montes, se le distingue coronado de una inmóvil nube de vapores salidos del cráter.

Por todas partes, alrededor de nosotros, el suelo está oscurecido por un color de bronce. El tren corre por una orilla de lava.

El monstruo está lejos sin embargo, á 36 ó 40 kilómetros tal vez. Compréndese entonces cuán enorme es. Por su desmesurada boca negra ha vomitado, con interrupciones, ardiente oleaje de materias bituminosas, que corriendo por sus pendientes, ora dulces, ora rápidas, llenando los valles, sepultando pueblos, ahogando hombres como un río,

ha venido á extinguirse en el mar, haciéndole retrocer. Ha formado rocas, montañas, hondonadas, esas lentas oleadas, pastosas y rojas, y oscurecidas al endurecerse; ha extendido en torno suyo un país negro y extraño, resquebrajado, elevado, tortuoso, inverosímil, dibujado por el azar de las seducciones y la espantosa fantasía de las cálidas lavas.

A veces permanece el Etna tranquilo durante siglos, soplando únicamente hacia el cielo el denso humo de su cráter. Bajo la influencia de las lluvias y del sol, pulverizanse las lavas de las antiguas corrientes y se vuelven una especie de ceniza, de tierra negra y arenosa, donde brotan olivos, naranjos, limoneros, granados, viñas, cosechas, etc.

Nada más verde, más lindo, más encantador que Aci-Reale, en medio de un bosque de naranjos y olivos. Después, al través de los árboles, distínguese á veces ancha ola negra que ha resistido al tiempo, que ha conservado las formas de todos los hervideros, contornos extraordinarios, figuras de bestias enlazadas, de miembros retorcidos.

Aquí está Catana, una hermosa y vasta ciudad construída toda sobre lava. Desde las ventanas del Gran Hotel vemos la cima del Etna.

Antes de subir á él, tracemos en algunas líneas su historia.

Los antiguos creían que era la fragua de Vulcano. Píndaro describe la erupción de 476, pero Homero no le menciona como volcán. Sin embargo, había obligado ya á los Sicanes á huir lejos de él antes de la época histórica. Se conocen unas ochenta erupciones.

Las más violentas fueron las de 396, 126 y 122

antes de J. C.; después las de 1169, 1329, 1537; y sobre todo, la de 1669, que arrojó fuera de sus habitaciones á más de 27.000 personas, haciendo perecer un gran número de ellas.

Entonces brotaron repentinamente de la tierra dos altas montañas, los montes Rossi.

En 1693 una erupción, acompañada de un terrible temblor de tierra, destruyó 40 ciudades próximamente y sepultó bajo los escombros cerca de 100.000 personas. En 1755 otra erupción causó nuevos y espantosos estragos. Las de 1792, 1843, 1852, 1865, 1874, 1879 y 1882 fueron también violentas y mortíferas. Tan pronto salen las lavas por el cráter grande, como brotan de las aberturas de 59 á 60 metros de anchura que hay en las laderas de la montaña, y se escapan de esas quebraduras corriendo hacia la llanura.

El 26 de Mayo de 1879 comenzó á salir la lava por el cráter de 1874, pero pronto brotó por un nuevo cono de 170 metros de alto, elevado después, mediante su esfuerzo á una altura de 2.450 metros próximamente. La lava descendió rápidamente, atravesando el camino de Linguaglossa á Rondazzo, y se detuvo cerca de la ribera de Alcántara. La superficie de este torrente es de 22.860 hectáreas, aunque la erupción no duró más de diez días.

Entretanto, el cráter de la cima no despedía más que densos vapores, arena y cenizas.

Gracias á la excesiva galantería del señor Ragusa miembro del Club Alpino y propietario del Gran Hotel, hemos verificado con extraordinaria facilidad la ascensión á este volcán, ascensión un poco pesada, pero nada peligrosa.

Un coche nos llevó primero á Nicolosi, atravesando campos y jardines llenos de árboles nacidos entre la pulverizada lava. De vez en cuando, se atraviesan enormes torrentes cortados por quebradas del camino. El suelo es negro por todas partes.

Después de tres horas de marcha y de fácil subida, llégase al último pueblo, al pie del Etna, Nicolosi, situado ya á 700 metros de altitud y á 14 kilómetros de Catania.

Allí se deja el coche para tomar gufas y caballerías, así como también abrigo, medias y guantes de lana. Luego se prosigue la marcha.

Son las cuatro de la tarde. El ardiente sol de los países orientales cae sobre esta extraña tierra, la recalienta y la quema.

Las caballerías van despacio, con paso débil, en medio del polvo que se levanta alrededor de ellas como una nube. La última, que lleva los envoltorios y provisiones, se detiene á cada instante, pareciendo estar abrumada por la necesidad de repetir otra vez este inútil y penoso viaje.

En torno nuestro hay ahora viñas plantadas en la lava, nuevas las unas, viejas las otras. Luego se ve una landa de lava, cubierta de espartos floridos, una anda de oro; luego atravesamos el enorme torrente de 1882; y no podemos menos de asombrarnos ante aquel inmenso río, negro é inmóvil, hirviente y petrificado, venido de allá arriba, de la cumbre que humea, lejos, lejisimos, á unos 20 kilómetros de distancia. Ha seguido valles, costeados picos, atravesado llanuras este río; y héle aquí ahora cerca de nosotros, detenido repentinamente en su

marcha, cuando su manantial de fuego se ha extinguido.

Subimos, dejando á la izquierda los montes Rossi, y descubriendo sin cesar otros innumerables montes, denominados hijos del Etna por los guías, nacidos alrededor del monstruo que ostenta de esta suerte un collar de volcanes. Son 350 próximamente esos negros, hijos del abuelo, y muchos de entre ellos alcanzan la altura del Vesubio.

Ahora atravesamos un pequeño bosque, nacido también en la lava, y de pronto se levanta el viento. Es primero un soplo brusco y violento, seguido de un momento de calma; luego furiosa ráfaga, apenas interrumpida, que levanta y arrastra espesa nube de polvo.

Nos paramos detrás de un muro de lava, y permanecemos allí hasta la noche. Preciso es seguir adelante, aunque la tempestad continúa.

Y poco á poco se apodera de nosotros el frío, ese frío penetrante de las montañas que hiela la sangre y paraliza los miembros. Parece estar oculto, escondido en el viento; pica los ojos y muerde el cutis con su helada mordedura. Vamos envueltos en nuestros abrigos blancos como los de los árabes, con las manos enguantadas y la cabeza cubierta por un capuchón, dejando caminar á nuestras caballerías que continuamente tropiezan en el sendero desigual y obscuro.

He aquí al fin la casa del Bosco, especie de cabaña habitada por cinco ó seis leñadores. El guía declara que es imposible ir más lejos por causa del huracán, y pedimos hospitalidad para pasar la noche. Los hombres se levantan, encienden lumbre,

y nos ceden dos delgadísimos jergones que parecen estar rellenos de pulgas. Toda la cabaña se conmueve y retiembla con las sacudidas de la tempestad, y el aire pasa con furia por las desnudas tejas del tejado.

No vemos la salida del sol sobre la cumbre de la montaña.

Después de algunas horas de descanso sin dormir, reanudamos la marcha. Ya es de día, y el viento se ha calmado.

En torno nuestro, se extiende ahora un país negro y lleno de valles, que suben dulcemente hacia la región de las nieves que brillan, deslumbradoras, al pie del último cono de 300 metros de altura.

Aunque el sol se eleva en medio de un cielo todo azul, el frío, el cruel frío de las grandes cimas, nos adormece los dedos y nos quema la piel. Nuestras caballerías, una detrás de otra, siguen lentamente el tortuoso sendero, producto de los caprichos de la lava.

Llegamos á la primera llanura de nieve. Evítasela mediante un rodeo, pero pronto la sigue otra, que hay que atravesar en línea recta. Las caballerías vacilan, la tantean con las patas, y avanzan con precaución. Súbitamente experimento la sensación de sumergirme en el suelo. Las dos manos de mi caballería, horadando la corteza que las soporta, han penetrado hasta el pecho. La bestia se cae espantada, levántase, hunde de nuevo las cuatro patas, y torna á levantarse para seguir cayendo á cada instante.

Lo mismo acontece á las demás. Tenemos que saltar á tierra, calmarlas, ayudarlas y tirar de ellas.

A cada momento, se sumergen hasta el vientre en esta blanca y fría espuma, donde nuestras piernas penetran á veces hasta las rodillas. Entre estos pasos de nieve que cubren los valles, volvemos á encontrar la lava, semejantes á inmensos campos de terciopelo negro, que brillan bajo el sol con tanto resplandor como la misma nieve. Es la *región desierta*, la región muerta, que parece estar de luto, toda blanca y toda negra, deslumbradora, horrible, soberbia, inolvidable.

Después de cuatro horas de marcha y de esfuerzos llegamos á la Casa Inglesa, una casita de piedra, rodeada de hielo, casi sepultada bajo la nieve al pie del último cono que se alza detrás, enorme y recto, coronado de humo.

Aquí se pasa ordinariamente la noche, sobre un jergón, para ir á ver salir el sol al borde del cráter. Dejamos nuestras caballerías y comenzamos á subir la espantosa muralla de ceniza endurecida que cede á nuestros pies, donde no puede uno cojerse á nada, donde se retrocede un paso por cada tres que se avanza. Camínase soplando, jadeante, clavando en el blando suelo el bastón de hierro, deteniéndose á cada instante.

Entonces hay que clavar el bastón entre las piernas para no resbalar y retroceder, pues la pendiente es tan rápida que ni siquiera puede uno permanecer sentado en ella. Se necesita cerca de una hora para recorrer estos trescientos metros. Huce ya un rato que sentimos en la garganta los vapores del azufre. Hemos notado, ora á la derecha, ora á la izquierda, grandes columnas de humo que salen por las aberturas del suelo, y hemos puesto las ma-

nos sobre grandes piedras que quemán. Al fin llegamos á una estrecha plataforma. Ante nosotros, elévase lentamente espesa nube, como una blanca cortina que asciende, que sale de la tierra. Avanzamos algunos pasos más con la nariz y la boca tapadas para que no nos asfixie el vapor del azufre; y de pronto, ante nuestros pies, ábrese un prodigioso terrible abismo que mide unos cinco kilómetros de circunferencia. Distínguese apenas, al través de los sofocantes vapores, la otra orilla de este monstruoso agujero de 1.500 metros de ancho, cuya recta pared se sumerge en la misteriosa y terrible región del fuego.

La bestia está en calma. Duerme en el fondo, muy en el fondo. Sólo el denso humo se escapa por la prodigiosa chimenea de 3.312 metros de alta.

Alrededor de nosotros el espectáculo es todavía más extraño. Toda la Sicilia está oculta entre brumas que se detienen al borde de las costas, velando únicamente la tierra, de suerte que estamos en pleno cielo, en medio de los mares, sobre las nubes, tan altos, tan altos, que el Mediterráneo, esparcido por todas partes hasta perderse de vista parece también cielo azul. Lo azul nos rodea, pues, de todos lados. Estamos en pie sobre un monte sorprendente, salido de las nubes y sumergido en el cielo, en ese cielo que se extiende sobre nuestras cabezas, bajo nuestros pies, por todas partes.

Pero poco á poco las nubes esparcidas sobre la isla se elevan en torno nuestro, no tardando en encerrar al inmenso volcán en medio de un círculo de nubes, de un abismo de nubes. Ahora nos hallamos á nuestra vez, en el fondo de un cráter todo

blanco, desde donde no se distingue más que el firmamento azul, allá abajo, cuando se mira el espacio.

Dicen que otros días el espectáculo es muy distinto.

Aguárdase la salida del sol que aparece detrás de las costas de Calabria. Estas proyectan á lo lejos su sombra en el mar hasta el pie del Etna, cuya sombra desmesurada silueta cubre á toda la Sicilia con su inmenso triángulo, que se borra á medida que el astro va elevándose. Descúbrese entonces un panorama que tiene más de 400 kilómetros de diámetro y 1.300 de circunferencia, con Italia al Norte y las islas de Lipari, cuyos dos volcanes parece que saludan á su padre; después, al Sur, Malta, apenas visible. En los puertos de Sicilia, en el mar, parecen insectos los navíos.

Alejandro Dumas, padre, ha hecho una descripción muy feliz y entusiasta de este espectáculo.

Volvemos á bajar, tanto con la espalda como con los pies, el rápido cono del cráter, y entramos en seguida en el espeso cinturón de nubes que envuelve la cima del monte. Después de una hora de marcha al través de las brumas, lo hemos franqueado al fin y descubrimos, bajo nuestros pies, la verde isla, con sus golfos, sus cabos, sus ciudades, y el inmenso mar azul que la contiene.

De vuelta en Catana, salimos al día siguiente para Siracusa.

Por esta singular y preciosa ciudad debe terminarse toda excursión en Sicilia. Fué tan ilustre como las más grandes ciudades, y sus tiranos tuvieron reinados tan célebres como el de Nerón;

produce un vino hecho célebre por los poetas; tiene, á orillas del golfo que domina, un riachuelo, el Anapo, donde brota el *papyrus*, secreto guardián del pensamiento, y encierra en sus murallas una de las Venus más hermosas del mundo.

Mucha gente atraviesa continentes para ir en peregrinación á alguna estatua milagrosa; yo he tributado mi devoción á la Venus de Siracusa.

En el álbum de un viajero había visto yo la fotografía de esa sublime hembra de mármol, y me enamoré de ella como se enamora uno de una mujer. Ella tal vez fué la que me decidí á emprender este viaje; yo hablaba de ella y soñaba con ella á todas horas antes de haberla visto.

Pero llegamos demasiado tarde para entrar en el museo, confiado á los cuidados del sabio profesor Francisco Saverio Cavalari, el cual, Empédocles moderno, bajó á beber una taza de café en el cráter del Etna.

Tengo, pues, que recorrer la ciudad, construída sobre un islote y separada de tierra por tres murallas, entre las cuales pasan tres brazos de mar. Es pequeña, linda, está sentada á la orilla del golfo, con jardines y paseos que bajan hasta las aguas.

Luego vamos á las Latomías, inmensas excavaciones á cielo abierto, que fueron primeramente canteras y se tornaron después en prisiones, donde estuvieron encerrados, durante ocho meses, después de la derrota de Nicias, los atenienses prisioneros, torturados por el hambre, la sed, el horrible calor de esta excavación, y el movedizo fango donde agonizaban.

En una de ellas, la Latomia del Paraíso, se ob-

serva, en el fondo de una gruta, una extraña abertura, denominada *La oreja de Dionisio*, el cual dicen que venía á escuchar al borde de ese agujero las quejas de sus víctimas. También corren otras versiones. Ciertos sabios ingeniosos pretenden que esta gruta, puesta en comunicaci6n con el teatro, servía de sala subterránea para las representaciones á que ella prestaba el eco de su prodigiosa sonoridad; pues los menores ruidos alcanzan allí una resonancia sorprendente.

La más curiosa de las Latomías es seguramente la de los capuchinos, 6mplio y profundo jardín dividido por bóvedas, arcos y encerrado entre enormes y blancas rocas.

Algo más lejos están las Catacumbas, cuya extensión será de unas 200 hectáreas, y donde Cavalari descubrió uno de los más preciosos sarcófagos cristianos que se conocen.

Después se entra en el humilde hotel que domina el mar, y permanece uno largo rato fantaseando, viendo el ojo encarnado y el ojo azul de un navío anclado.

En cuanto llega la mañana, como nuestra visita está anunciada, nos abren las puertas del maravilloso palacio que contiene las colecciones y obras de arte de la ciudad. Al entrar en el museo, la distinguo en el fondo de una sala, y tan hermosa como me la había imaginado.

No tiene cabeza, le falta un brazo: pero jamás se me ha ofrecido la forma humana más admirable y tentadora.

No es la mujer poetizada, la mujer idealizada, la mujer divina ó majestuosa como la Venus de Mi-

lo, sino la mujer tal como es, tal como se le ama, como se la desea, como se la quiere estrechar.

Es gruesa, con el pecho prominente, redondeadas las caderas y algo pesadas las piernas, es una Venus carnal que se imagina uno acostada viéndola en pie. Su brazo caído oculta el seno; con la mano que le queda levanta una tela y descubre, haciendo un ademán adorable, los encantos más misteriosos. Todo el cuerpo está hecho, concebido, pensado para ese movimiento; todas las líneas se concentran en él, toda la idea converge allí. Este ademán sencillo y natural, lleno de pudor y de impudicia, que oculta y enseña, vela y revela, muestra y recata, parece definir toda la actividad de la mujer sobre la tierra.

Y el mármol está vivo, se le desea palpar con la certeza de que ha de ceder como si fuera carne.

Los riñones, sobre todo están maravillosamente animados y son bellísimos. Desarróllase con todo su encanto esa línea ondulante y gruesa de las espaldas femeninas que va desde la nuca hasta los talones, y que muestra, en el contorno de los hombros, en la redondez decreciente de los muslos y en la ligera curvatura de las pantorrillas, adelgazada hasta los tobillos, todas las modulaciones de la gracia humana.

Una obra de arte no es superior si no es al propio tiempo símbolo y expresión exacta de la realidad.

La Venus de Siracusa es una mujer, y el símbolo de la carne.

Ante la cabeza de la *Joconde* siéntese uno emocionado por no sé qué tentación de amor enervan-

te y místico. Existen también mujeres vivas cuyos ojos nos infunden ese ensueño de irrealizable y misteriosa ternura. Búscase en ellas otra cosa detrás de lo que hay, porque parecen contener y expresar un poco de lo inaprehensible ideal. Lo perseguimos constantemente sin poder alcanzarlo nunca, tras de todas las sorpresas de la belleza que parece contener el pensamiento, en lo infinito de la mirada, que no es más que un matiz del iris, en el encanto de la sonrisa nacida de un pliegue de los labios y de un relámpago de esmalte, en la gracia del movimiento hijo de la casualidad y de la armonía de las formas.

Así, pues, los poetas, impotentes soñadores de lo imposible, se han sentido atormentados siempre por la sed del amor místico. La exaltación natural de un alma poética exasperada por la excitación artística que impele á esos seres inspirados á concebir una especie de amor nebuloso profundamente tierno, extático, nunca saciado, sensual sin ser carnal, de tal modo delicado que la menor cosa le hace desvanecerse, irrealizable y sobrehumano. Y estos poetas son tal vez los únicos hombres que no han amado nunca á una mujer verdadera de carne y hueso, con sus cualidades, sus defectos, su talento restringido y encantador, sus nervios y su excitable sensibilidad.

Toda criatura ante la cual se exalta su ensueño es el símbolo de un sér misterioso pero ideal: el sér cantado por esos cantores de ilusiones. Es esa viviente adorada por ellos, algo como la estatua pintada, imagen de un Dios en cuya presencia se arrodilla el pueblo. ¿Dónde está ese Dios? ¿Cuál es

ese Dios? ¿En qué parte del cielo habita lo desconocido que ellos, esos locos, han idolatrado siempre desde el primer soñador hasta el último? En cuánto tocan una mano que responde á su presión, vuela su alma al invisible sueño, lejos de la carnal realidad.

La mujer que ellos abrazan, la transforman, la completan, la desfiguran con su arte de poetas. No besan sus labios, sino los labios soñados. No es en el fondo de sus azules ó negros ojos donde pierden su exaltado mirar, es en algo desconocido é imposible de conocer. El ojo de su querida no es más que el cristal por donde tratan de ver el paraíso del amor ideal.

Pero si algunas mujeres tentadoras pueden dar á nuestras almas esa rara ilusión, otras en cambio no hacen más que excitar en nuestras venas el amor impetuoso de donde sale nuestra raza.

La Venus de Siracusa es la perfecta expresión de esta poderosa, sana y sencilla belleza. Ese tronco admirable, de mármol de Paros, es, según dicen, la Venus Callipyge descrita por Ateneo y Lamprides, la cual fué dada por Heliogábalo á los siracusanos.

¿No tiene cabeza! ¿Qué importa! El símbolo se ha hecho así más completo. Es un cuerpo de mujer que expresa toda la poesía real de la caricia.

Schopenhauer ha dicho que la naturaleza, queriendo perpetuar la especie, ha hecho un ardid de la reproducción.

Esta forma de mármol, vista en Siracusa, es el ardid humano adivinado por el artista antiguo, la mujer que oculta y muestra á la vez el enloquecedor misterio de la vida.

¿Es un ardid? ¡Tanto peor! Llama á la boca, atrae á la mano, ofrece á los besos la palpable realidad de su admirable carne, de la carne elástica y blanca, redonda y firme, deliciosa bajo la presión.

Es divina, no porque exprese un pensamiento, sino simplemente porque es bella.

Y se piensa al admirarla, en el carnero de bronce de Siracusa, el trozo más hermoso del museo de Palermo, trozo que parece contener también toda la animalidad del mundo. La poderosa bestia está acostada, con el cuerpo sobre sus patas y la cabeza vuelta hacia la izquierda. Y esta cabeza de animal parece la cabeza de un dios, de un dios bestial, impuro y soberbio. La frente es ancha, los ojos rasgados, la nariz abultada, larga y fuerte, de una expresión prodigiosamente brutal. Los cuernos retorcidos hacia atrás, caen, se enroscan y encorvan, apartan sus agudas puntas bajo las débiles orejas que también se parecen á otros dos cuernos. Y la mirada de la bestia os penetra, estúpida, inquietante y dura. Siéntese lo bravío al aproximarse á este bronce.

¿Quiénes son, pues, los dos maravillosos artistas que han formulado así, bajo dos aspectos tan diferentes, la sencilla belleza de la criatura?

Estas son las dos únicas estatuas que me han dejado, como seres, el arliente deseo de volver á verlas.

En el instante de salir dirijo aún á esta pieza de mármol esa última mirada, desde la puerta, que se dirige á las mujeres amadas, al separarse de ellas, y monto en seguida en la barca para ir á saludar el

papyrus de Anapo, cumpliendo así un deber de escritor.

Atraviésase el golfo de un extremo á otro y se distingue en la desnuda y plana orilla, la embocadura de un pequeñísimo río, casi un arroyo, por donde la barca se dirige.

La corriente es dura de subir. Tan pronto se rema como se hace uso del bichero para resbalar sobre el agua, que corre rápida entre dos lomas cubiertas de flores amarillas, pequeñas y brillantes, dos lomas de oro.

Al pasar, rozamos con cañas que se inclinan y se levantan, y puesto el pie en el agua, con iris azules, de un azul brillante, sobre los cuales revolotean innumerables libélulas, con alas de cristal, nacaradas y temblorosas, del tamaño de un pájaro mosca. Ahora, sobre los dos taludes que nos aprisionan, brotan gigantes cardos y desmesurados alboholes, enlazando juntos las plantas de la tierra y las cañas del arroyo.

Debajo de nosotros, en el fondo del agua, hay un bosque de grandes hierbas ondulantes que se mueven y flotan, pareciendo nadar en la corriente que las agita.

Anapo se aparta después de la antigua Cyane, tributaria suya. Seguimos constantemente á golpes de bichero entre las lomas. El arroyo serpentea ofreciendo encantadores puntos de vista, lindas y floridas perspectivas. Una isla aparece al fin llena de raros arbustos. Los débiles y triangulares tallos de nueve á doce piés de altura, tienen en la parte superior penachos redondos de hilos verdes, largos, delgados y flexibles como cabellos. Pare-

cen cabezas humanas convertidas en plantas arrojadas al agua sagrada del manantial, por uno de los dioses paganos que allí vivían en otro tiempo. Es el antiguo *papyrus*.

Los aldeanos llaman á esta planta *parruca*.

Más lejos hay otras, un bosque entero. Tiemblan, murmuran, se inclinan, mezclan sus peladas frentes, las tropiezan, parece que hablan dos cosas desconocidas y lejanas.

No es extraño que el venerable arbusto que nos trajo el pensamiento de los muertos y fué el guardián del genio humano, tenga, sobre su débil cuerpo de arbolillo, una gran cabellera espesa y flotante como la de los poetas?

Volvemos á Siracusa cuando el sol se pone, y vemos en la rada un paquetot que acaba de llegar y que esta misma noche nos llevará al Africa.

V.

DE ARGEL Á TÚNEZ.

En los muelles de Argel, en las calles de las ciudades indígenas, en las llanuras de Tell, en las montañas de Sahel ó en las arenas del Sahara, todos esos cuerpos envueltos como en hábitos de monjes, con la cabeza cubierta bajo el turbante, flotando por detrás, esas facciones severas, esas miradas fijas,

semejant pertenecer á religiosos de un mismo austero orden, esparcidos por la mitad del globo.

Hasta su aspecto es el de los sacerdotes; sus gestos son los de apóstoles predicadores; su actitud, la de místicos, llenos de desprecio por el mundo.

Nos encontramos, efectivamente, entre hombres donde la idea religiosa lo domina todo, lo borra todo, regula las acciones, estrecha las conciencias, aprisiona los corazones, gobierna el pensamiento, preside á todos los intereses, á todas las preocupaciones, á todas las agitaciones.

La religión es la gran inspiradora de sus actos, de su alma, de sus cualidades y de sus defectos.

Por ella y para ella son los buenos, valientes, tiernos, fieles, pues parece que no son nada por sí mismos, que no poseen cualidad alguna que no les sea inspirada ú ordenada por su fe. Nosotros no descubrimos apenas la naturaleza espontánea ó primitiva del árabe, sin que, por decirlo así, haya vuelto á ser creada por su creencia, por el Corán, por la enseñanza de Mahoma. Nunca religión alguna se ha encarnado de tal suerte en hombres.

Vamos, pues, á verlos orar en su mezquita, en la blanca mezquita que se distingue allá abajo, al extremo del muelle de Argel.

En el primer patio, bajo una arcada de columnitas verdes, azules y rojas, varios hombres, sentados ó acurrucados, hablan en voz baja, con la grave tranquilidad de los orientales. Enfrente de la entrada, en el fondo de una pieza cuadrada, que se parece á una capilla, administra justicia el cadi. Varios querellantes esperan en los bancos; un árabe habla de rodillas, mientras que el ma-